

se eclipsa mucha de la inquebrantable firmeza que tanto le alabaron en aquel periodo. En el Capítulo VII se definen sus responsabilidades en este segundo sitio.

En el tercero y último año de la guerra, la historia reconoce en Ogazón su más poderoso apoyo: con la actividad, resignación y constancia propias de Degollado, y con el auxilio de Huerta, Zaragoza y Rojas, después de una penosa campaña de varios meses en el Estado de Jalisco, preparó los elementos con que se obtuvo el triunfo.

El General González Ortega, el héroe afortunado de la Reforma, hasta los últimos meses figuró en primer término, cuando todo le era favorable, cuando la anarquía había dividido y debilitado á los Conservadores, cuando ya carecían de recursos y la suerte les era adversa; después del triunfo de Uraga en San Luis y de su imperdonable torpeza al atacar prematuramente á Guadalajara, cuando Miramón ya vacilaba y temía la ruina total de su causa, y los liberales, en fin, alcanzaban el máximo de su fuerza de resistencia, sólo el ejército de Ogazón llegaba á diez mil hombres y cuarenta piezas.

Miramón, desde Sayula, tenía en jaque á este último, que ocupaba Zapotlán, pero lo ventajoso de la posición le hizo temer un fracaso y ordenó al Gral. Silverio Ramírez, que se hallaba en Durango, viniera á incorporársele. Esto promueve el importante triunfo de Peñuelas alcanzado por González Ortega, y que fué de mucha trascendencia: evitó el que Ogazón sufriera un ataque, se puso en contacto con el grueso de las fuerzas liberales y destruyó el único apoyo de Miramón.

Ogazón, Plácido Vega y Zaragoza, continuaron en Zapotlán, conviniendo á fines de Julio, el que los dos primeros siguieran amagando á Guadalajara, y el último con el ejército del centro se reuniera á González Ortega para operar sobre Miramón; gracias á la peligrosa y rápida marcha que hizo Zaragoza cerca de Guadalajara, con oportunidad reforzó á González Ortega, contribuyendo en gran parte al triunfo. Afortunado Ortega, la víspera de la batalla, y como consecuencia de determinadas órdenes que no fueron cumplidas; en una situación peligrosa y contraria á los preceptos de la ciencia de la guerra, esperó al enemigo; esta casualidad lo

favorece y obtiene el importante triunfo de Silao que destruyó el prestigio que había alcanzado el valiente caudillo de los conservadores.

Degollado, de Veracruz, á donde fué después de la derrota de la Estancia de las Vacas, regresó al interior con el mismo carácter, aunque ya sin tomar parte activa en la dirección de la campaña, y González Ortega avanzó hasta Querétaro para amagar la capital de la República. La falta de recursos y el estar ocupada Guadalajara por fuerzas reaccionarias, vino á hacer cambiar la marcha de los acontecimientos, dirigiéndose el ejército liberal hacia esta plaza para hostilizarla y no dejar á ningún enemigo de importancia en el interior.

El hecho más notable, el más desinteresado servicio de Degollado, lo que vino á determinar, calificándolo, su ser moral y á mostrar sus virtudes cívicas, es el inmenso sacrificio que hizo momentos antes de ser indignamente tratado por Juárez. Por aquellos días quedó bajo la custodia de las fuerzas liberales una conducta de \$1,027,414, perteneciente á varios comerciantes; Doblado, en vista de la escasez de recursos mandó ocuparla dando cuenta á Degollado: era un atropello, una falta castigada por las leyes más elementales de la civilización, y que traía consigo una inmensa responsabilidad, responsabilidad que quisieron compartirla el mismo Doblado y González Ortega; pero Degollado, siempre grande y desinteresado siempre, al aprobarlo por poderosas razones, asumió toda la responsabilidad.

Con aquellos recursos se violentaron las operaciones en Guadalajara, y ya que los trabajos del sitio estaban muy adelantados, por enfermedad de Ortega, tomó el mando Zaragoza, quien ordenó y dirigió el asalto. Por lo tanto, aquel sitio tuvo dos héroes, Ortega y Zaragoza, es injusto, como se ha hecho hasta hoy, concederle la gloria sólo al primero.

Por causas que someramente analizo en el Capítulo VII, Degollado formó un plan de pacificación en el que mezclaba á los Ministros extranjeros, siendo de advertir que al enviárselo á González Ortega, le manifestó que, obrando así, creía cumplir con su deber, pero que en el caso de que aquél no se aceptara, estaba dispuesto á dejar el mando; no pretendió imponer sus ideas, ni de apoyarlas con su autoridad; libre-

mente obraba y libremente dejaba obrar. Juárez, sin embargo, lo destituyó del mando y abusando de su autoridad y de las virtudes de aquel hombre superior, lo trató indignamente y en circunstancias de tal naturaleza, que mucho resalta su convencional justicia y aparece altamente ridículo su proceder. En este hecho, como lo hago en el Capítulo citado, merece severas censuras.

Su alma no era susceptible de engrandecerse por la nobleza, no era capaz de dilatarse con la heroicidad, como su rostro siempre era la misma; esa armonía entre el corazón y el cerebro, que en algunos grandes hombres hechos grandes produce, hechos que por la posteridad se admiran, porque en medio de su grandeza son humanos, tampoco en Juárez se encuentra. En el desempeño de sus altos deberes tenía la misma indiferencia y frialdad que el verdugo al sacrificar á sus víctimas, como los malos actores, siempre era el mismo en todas las situaciones y en todos los papeles; carecía de la animación y de la vida de aquel que sabe sentir y se estremeció al presenciar las artísticas manifestaciones de la humanidad en el orden físico y en el moral. De aquí proviene su injusto proceder con Degollado, fué incapaz de saber apreciar sus méritos, sus grandes virtudes, fué incapaz de un acto de suprema justicia como el de González Ortega en su entrada á la Capital, que lo victoreó cediéndole desinteresadamente los laureles del triunfo, que con su espada había conquistado; no supo hacerle justicia ni aun después de muerto. Su entrañable cariño á la Presidencia pudo haber sido también una de las causas de aquel irregular procedimiento, en Degollado vió un futuro enemigo en los comicios electorales, un poderoso adversario que en la primera oportunidad era necesario herir, matarlo moralmente. Después de haber sido sacrificado por sus enemigos, y tal vez por justificar su anterior conducta, no tuvo tampoco la nobleza de rehabilitarlo; sus restos desde entonces descansan en panteón extranjero, bajo un humilde sepulcro, (1) la gratitud nacional no le ha concedido ni una sola flor ni un solo recuerdo, lo que demuestra lo atrasado que en materias históricas se halla el país.

1. En el Cementerio Inglés, ubicado en la Capital cerca de la antigua garita de la Tlaxpana.

Las trascendentales conquistas de la Reforma, las huellas profundas que aquella revolución dejó en el organismo social, destruyendo y renovando, impresionan como todas las innovaciones del progreso que sobre la humanidad proyectan la luz de la ciencia: juzgada en su conjunto moral, en el espíritu que le dió vida, fué admirable: psicológicamente por las virtudes de sus caudillos, patrióticamente, porque fué una lucha sin elementos, desinteresada y sólo por el bien de la mayoría: Degollado, González Ortega, Ogazón, Alvarez, Huerta, Zaragoza, Leandro Valle, Blanco y algunos otros, en todos sus hechos durante aquella guerra, aparece lo espontáneo, lo desinteresado, la constancia para sostener los principios de una causa, sin pensar nunca en su individual mejoramiento. Sus hechos tienen la claridad de una operación aritmética: un conjunto de virtudes multiplicado sin cesar por el patriotismo y la constancia, tuvieron como producto el triunfo. Con la misma abnegación que la madre de la caridad vela al moribundo, así, despreciando los peligros, sacrificando los halagos del lejano hogar y las mundanales caricias de la vida, pusieron al servicio de sus semejantes todas sus energías; siempre rodeados de la miseria y presenciando siempre los horrores de la muerte. Despertaron á la vida activa del revolucionario, como el soldado en su campamento, al escuchar las marciales notas de los clarines de Ayutla, que en las lejanas montañas del Sur tocaron la diana de la libertad... Animados por las mismas desinteresadas intenciones y por las mismas virtudes, bien pronto se vieron estrechamente unidos y grandes fueron sus hechos, trascendentales sus conquistas y heroicos sus esfuerzos. En nuestra historia brillan como los fragmentos del metal que á la piedra se encuentran adheridos, aisladamente, semicubiertos, perdidos entre las obscuridades de lo que ha sido poco analizado; para encontrarlos hay necesidad de escudriñar, de buscar, de procurar que la luz de la verdad nos los descubra. Este trabajo, muy lento y laborioso, vendrá á reunirlos, á separar de un conjunto heterogéneo el producto de mayor valor, el metal de mejor ley.

Por un curioso fenómeno de óptica, se ha distinguido en la historia un punto muy luminoso, y sin buscar la causa, se ha analizado el efecto, creyendo que es productor lo que sólo fué producido; me refiero á Juárez, á ese foco luminoso que todos admiran y que de luz propia careció.

A Juárez puede considerársele como el verbo reflexivo ó reflejo de la revolución; la mayoría de sus hechos fueron interesados, recayendo su acción sobre su personalidad. Para conservarla, conservando así su puesto, renunció á la peligrosa vida del revolucionario, sacrificó al grueso de las fuerzas liberales, promovió el desastre del 11 de Abril, se negó á organizar la guarnición de Veracruz, y en general, todo el ejército; firmó un contrato altamente oneroso para México, ultrajó la soberanía nacional, é indignamente trató á Degollado, á un hombre que fué superior al medio en que vivió.

Es torpe, injusto, anticientífico y antipatriótico, concederle á Juárez un lugar en la historia de aquella guerra que por muchas razones no le corresponde; mostrándole al pueblo como primera figura al que en la historia tiene grandes responsabilidades, al que más luchó por su engrandecimiento personal, que por la causa de que fué representante, y al que, en fin, moralmente pequeño aparece.

No á los fanáticos que adoran á los ídolos, sino á los amantes de la verdad toca despertar el espíritu público, gestionando á la vez que los venerables restos de Degollado sean colocados en un lugar de honor en el Panteón Nacional. En este período resulta más inmaculado Degollado que Juárez.

Volviendo á la guerra en el Capítulo VIII, se encuentran todos los interesantes documentos que comprueban que la batalla de Calpulalpam, triunfo definitivo de las armas liberales, fué estratégica, y que sujeta estuvo al plan formado por el General Alvarez, y fielmente seguido por González Ortega.

* * *

El primero de los títulos de la presente obra, se refiere al conjunto y sintetiza todo su contenido; la historia del General Alvarez, del inmaculado por su honradez, del inmaculado

como soldado, y por sus ideas, inmaculado también, se ignora por completo.

Consecuente con su modestia y amigo de la historia, durante su vida no hizo ninguna ostentación de sus servicios, conservando para la posteridad todos los documentos que hoy publico, la mayoría de interés general para la historia y el resto relativos á su historia personal.

Durante sesenta años de un servicio no interrumpido, en períodos de grandes convulsiones políticas, y del reinado de la anarquía, como soldado fiel cumplió con sus deberes, renunciando á la rápida carrera del revolucionario, condenando siempre los motines y acatando sólo las órdenes del gobierno legalmente constituido y aceptado por la mayoría de la Nación. Dominando los naturales impulsos de sus progresistas ideas, y sumiso á sus deberes, sirvió al tiránico gobierno de Santa-Anna, combatiendo por él durante la revolución de Ayutla; poco antes del triunfo de esta última, en unión de Lafragua gestionó y obtuvo el que los jefes de la guarnición de México no se pronunciaran, cumpliendo así con su deber; cuando el golpe de Estado de Comonfort, de quien había recibido distinguidas consideraciones, pidió su baja, pues aceptar no podía aquella defección; y al volver el primero sobre sus pasos reconociendo y apoyando el orden constitucional, le ofreció sus servicios y como jefe de Ingenieros construyó en la Capital los parapetos que sirvieron para contener á los audaces caudillos conservadores. Durante la guerra de intervención, agotó sus escasos bienes, mucho sufrió física y moralmente, se vió reducido á la miseria, y fué víctima de la convencional justicia de Juárez; sin embargo, no defecionó, llenando sus deberes como ciudadano de la República. En ningún pronunciamiento, en ningún acto rebelde, se registra su nombre; fué leal, fué el tipo del soldado que aceptar puede la civilización.

Desde los primeros años de su carrera sirvió en el Cuerpo Especial de Estado Mayor, procurándose personalmente conocimientos en todos los ramos de la ciencia militar, pero con especialidad sobre estratégica; por rigurosa escala obtuvo todos los grados y desde joven en penosas campañas se habituó á sufrir las penalidades del soldado; tenía extensos

conocimientos sobre la geografía del país y afecto á los estudios militares, en sus repetidas expediciones recogió datos geográficos y estadísticos, anotando los puntos estratégicos y las posiciones ventajosas bajo el doble aspecto ofensivo y defensivo. Trabajaba con el cariñoso empeño de los que aman la ciencia.

Sereno en la lucha y con valor reposado, cuando el deber lo exigía con entereza desafiaba los peligros: así aparece en el cerro de Ocotlán, durante la batalla del mismo nombre y en el lugar en que más encarnizada la lucha fué; construyendo un parapeto bajo un nutrido fuego en el Puente de San Francisco, después del golpe de Estado de Comonfort; al penetrar con trescientos hombres hasta el corazón de la Capital de la República, sosteniéndose todo el día; en la retirada, cuando toda la guarnición se le vino encima; al salvarse del golpe mortal de un Lancero que hasta San Pablo le persiguió, y cuando oculto, porque lo perseguían, gestionaba con Robles Pezuela un movimiento favorable al orden constitucional.

Sereno aparece en la sangrienta batalla de Calamanda, cuando al ser destruída el ala derecha de su línea de batalla, ocurre personalmente con sus reservas á reforzarla; al permanecer hasta los últimos momentos en sus posiciones en la batalla del 11 de Abril. Valiente aparece al quedarse después de ella y cumpliendo deseos de Degollado, en un punto cercano á donde se hallaba el vencedor, para esperar la llegada de Miramón; y sereno y valiente aparece, al defender la plaza de San Luis, salvando una conducta de cuatrocientos mil pesos que quedó bajo su custodia, con una pequeña guarnición que representaba la cuarta parte de las fuerzas del enemigo, y al recorrer en la madrugada la población, solo, y sin escolta, á pesar de los disparos que protegidos por la sombra algunos descontentos le hicieron.

Empezó á acreditar su ilustración, su actividad y sus aptitudes militares, en la campaña de Puebla en Febrero y Marzo de 1856, como segundo Cuartel Maestre. Se distingue como estratégico y en todos sus hechos militares se ve la influencia de sus conocimientos; las batallas de Ocotlán y de Calpulalpam fueron estratégicas; en la primera ejerció gran-

de influencia en las operaciones que la prepararan, escogió el terreno, formó el plan de batalla y colocó las tropas en la línea; en la segunda, formó el plan de operaciones y el de batalla, escogió también el terreno, indicó la situación del ejército, y al lado del General en Jefe indicó también la oportunidad de las maniobras. Por determinadas causas, la de Ocotlán no fué, como debería de haber sido, decisiva; sin embargo, marcó el primer paso camino hacia el triunfo, hacia la destrucción de los disidentes; siendo de trascendentales resultados; á ella se debió el que la Constitución de 57 se terminara y publicara. La de Calpulalpam fué el final glorioso de la guerra de tres años, y desde entonces no se ha vuelto á registrar una de su importancia por el número de combatientes; veinte mil hombres. Estas dos batallas, salvo error ú omisión, son las únicas estratégicas que se registran en la historia militar de nuestro país.

La batalla de Calamanda fué táctica, de provechosos resultados para alcanzar el fin que se perseguía, con el movimiento estratégico hacia la Capital de la República. El General Alvarez con oportunidad ocupó posiciones ventajosas, y el orden mixto que siguió al marchar frente al enemigo, nos recuerda á Napoleón I en el paso del Tagliamento; estuvo conforme á las prescripciones de la ciencia de la guerra. Aquel movimiento estratégico tuvo por desenlace el desastre del 11 de Abril, del que hasta hoy el General Alvarez resulta directo responsable; su conducta y la de Degollado se definen en el capítulo V. El primero, premiando los servicios del segundo en dicho movimiento; lo ascendió á General de Brigada efectivo; hay una gran distancia entre la verdad y las actuales conjeturas.

Científicamente dirige la campaña; como consejero de Degollado, durante el mes de Octubre de 1859, formando un plan estratégico de grandes resultados, que no pudo realizarse por razones que en el lugar relativo se encuentran. Sobreponiéndose á todas las consecuencias de la mala organización del ejército, y por medio de oportunos movimientos estratégicos, logró concentrarlo y conducirlo á una batalla decisiva que importaba, no un triunfo aislado, sino el triunfo de la revolución.

El plan para concentrar todo el ejército, que formó cuando éste hizo su movimiento decisivo sobre México, basta por sí solo para acreditar sus conocimientos y su puesto de Jefe de Estado Mayor. Las autoridades sobre materias militares conceden grande importancia á los movimientos concéntricos, que son producto de la Logística.

Moralmente, estuvo á la altura de los principales caudillos de la guerra de tres años; la grande y noble alma de Degollado supo estimarlo y comprenderlo; su abnegación, su patriotismo, sus aptitudes y sus servicios, fueron reconocidos por Juárez y por las principales figuras de la revolución, y con modestia y lealtad varias veces desempeñó el alto puesto de consejero del ejército liberal. Momentos antes de la batalla de la Estancia de las Vacas accidentalmente pierde una pierna, lo hacen prisionero y varios meses sufre las consecuencias de una mala amputación y las angustias de la miseria.

La falta de unidad en el mando cuando la defensa de la Capital, después del golpe de Estado de Comonfort; la de energía de D. Miguel Blanco en su ataque á México en Octubre de 58; la de instrucción de las fuerzas encargadas del reconocimiento ofensivo del 2 de Abril de 59, y la incompetencia como militares de Degollado, Blanco y Doblado en la Estancia de las Vacas, determinaron, en todos estos hechos, en los que el General Alvarez ejerció una influencia directa, consecuencias trascendentales. Siempre puso al servicio de aquella guerra todas sus energías y todos sus conocimientos, sacrificó su bienestar, y más de una vez también las consideraciones que por su elevado carácter merecía. La ordenanza y los códigos militares no fué lo que en aquel ejército estableció la disciplina, ésta se sostuvo con el patriotismo y la lealtad; tanta grandeza había en aquel conjunto de abnegados, que, como las manifestaciones del genio, no podían sujetarse á regla alguna; para funcionar en aquel medio era necesario despojarse de todas las debilidades humanas y de todas las pequeñeces del espíritu; engrandecerse por la abnegación y obrar solamente movido por el patriotismo.

Amante de la ley, progresista y generoso aparece en todos sus hechos; amigo leal de sus conciudadanos, sin distinción

de categorías, antes de la guerra iniciada en 58, con el doble carácter de Gobernador y Comandante general rigió los destinos de Tabasco durante algunos meses. Su fecunda iniciativa puso en movimiento á todas las autoridades, protegió á la instrucción pública, que por un decreto especial la hizo obligatoria, promoviendo todo aquello que podía contenerse entre la civilización y el límite marcado por sus poderes y los recursos de que disponía. Sin más antecedentes que su honrosa carrera, se presentó en Tabasco; su ejemplar conducta al publicar y hacer jurar la Constitución de 57, sin usar los extremos del jacobino ni las debilidades del moderado; y su imparcialidad y apego á la ley durante las elecciones, así como por el conjunto de hechos realizados durante su administración, fué declarado benemérito del Estado y recibió un voto de gracias por sus eminentes servicios.

Fué víctima de las arbitrariedades de Juárez; cuando este último, al ser perseguido por los franceses se retiró á Paso del Norte, á buscar su conservación, obró bien; pero con anterioridad había llamado traidores á todos los que permanecieran en terreno ocupado por los franceses, y especialmente á los funcionarios del orden constitucional.—Leyes de 12 de Abril de 1862 y de 16 de Agosto de 63.—Toda la República, con excepción de muy escasas zonas, se hallaba en poder de estos últimos y sólo Juárez, gozando del amparo del Coloso del Norte; al volver á internarse en el país fundado en estas leyes, castigó al General Alvarez, sujetándolo á procedimientos muy irregulares, á formas muy arbitrarias y atropellando los más elementales derechos del ciudadano. Aquel conjunto puede traducirse así: Yo, Benito Juárez, ampliamente autorizado por el Congreso para sostener la independencia, para salvar al país de la invasión francesa, manifiesto á mis conciudadanos: que esto no lo he podido conseguir, que el enemigo sin cesar me persigue, y que como ya se encuentra muy cerca, he resuelto retirarme á una Zona, en la que me proteja el Coloso del Norte. De la patria, sólo queda su representante, pero todos los funcionarios del orden constitucional, que sin permiso del Supremo Poder correspondiente, permanezcan en lugares sometidos á la intervención—no había más poder que Juárez y los pocos caudillos que en le-

janas y pequeñas zonas sostenían la independencia—serán declarados traidores conforme á la ley de 16 de Agosto de 63; y por último, si al retirarse los franceses puedo volverme á internar en el país fundado en ella, los castigaré. Por supuesto que ley tan arbitraria fué imposible el aplicarla, pero sí le sirvió á Juárez para desahogar sus rencores personales, aplicándola cuando quería y olvidándose de ella si trataba de salvar á un amigo. Castigó al General Alvarez por no haber comprobado suficientemente, según él, el motivo que lo obligara á permanecer en terreno ocupado por los franceses; no porque hubiera servido, auxiliado ó reconocido al Imperio: la patria, la tierra en que naciste, y en la que has regado tu sangre, por salvarla de la esclavitud de un clero poderoso, no he podido libertarla del dominio del extranjero; pero poco importa, yo te declaro traidor por haber vivido en ella, á pesar de que te encuentres mutilado, pobre y enfermo. El General Pedro Hinojosa, durante la Intervención desconoció dos veces al Gobierno de Juárez, primero unido con Vidaurri y después durante ocho meses con los sublevados de Matamoros. Por los mismos días que el General Alvarez se presentó al Gobierno solicitando ser rehabilitado en su empleo; la ley era terminante y debería ser dado de baja inmediatamente.—Circular de 20 de Noviembre de 1866.—Se rebeló contra un gobierno al que sólo le quedaba su representante, las esperanzas de un apoyo efectivo de los Estados Unidos y algunos caudillos que haciendo heroicos esfuerzos al frente de muy pocas tropas lo reconocían; su falta fué muy grave en sí, siéndolo tanto más, cuanto que abusaba de la debilidad del poder que debería de castigarlo. Sin embargo, como era amigo del dictador, y éste sinceramente le apreciaba, en uso de sus amplias facultades le devolvió su empleo, manifestando que quedaba libre de toda responsabilidad. ¡Cuánta supuesta grandeza cubriendo las debilidades humanas! Aun hay más, el General Alvarez fué el encargado de cumplir sus torpes órdenes de Febrero de 59, que, como principal objeto tuvieron el salvar su puesto y su personalidad, promoviendo al fin el desastre del 11 de Abril; entonces hábilmente cumplió con sus deberes, y como premio obtuvo el grado de General efectivo, grado que después el mismo Juárez

arbitrariamente le quitó. El General Alvarez, por sostenerlo, defendiendo la Constitución y las leyes de Reforma, perdió una pierna, le sobrevino una penosa y larga enfermedad que unida á la falta de recursos le impidió salir del terreno que con muy escasas excepciones se hallaba en poder del invasor; y por último, la Constitución lo protegía de las arbitrariedades de un dictador, que fué el primero en atropellarla. No desconozco la importancia política de aquellas leyes, pero fueron contrarias al sentido común, por su forma, por la indebida extensión que se les dió, y porque fué un insulto injustificado en general para la mayoría de los ciudadanos de la República, y en particular para los funcionarios del orden constitucional. La historia de estos hechos aparece en el Capítulo IX.

A pesar de las decepciones y de los perjuicios que en sus intereses sufrió durante las guerras de Reforma é Intervención; por su actividad, su honradez y sus ideas, siempre fué el mismo. En la Secretaría de Guerra, como Jefe de Estado Mayor, como Oficial Mayor y substituyendo al Ministro en sus faltas temporales, en el Archivo General de la Nación y como Tesorero de las Cámaras, continuó prestando sus servicios á la República hasta el fin de su vida.

Toca á la historia juzgar de sus hechos, recoger su nombre y definir las alabanzas y las censuras que merezca; el escritor se ratira, y creyendo haber respetado, ante todo, la verdad, su obra entrega al dominio público.

México, San Antonio de las Huertas núm. 1 Bis.

Agosto 9 de 1905.

MELCHOR ALVAREZ.